

LOS (MUY TERRENALES) LÍMITES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Pablo Sánchez Villegas

Secretario de Salud Laboral, Sectores Emergentes y Memoria Histórica y Democrática de UGT Andalucía



A menudo, cuando hablamos de Inteligencia Artificial (IA) ponemos nuestro foco de atención sobre los algoritmos, sobre su uso y sobre las consecuencias del mismo. Hablamos de gestión algorítmica, de sesgos en la toma de decisiones por parte de los algoritmos, de cómo puede afectar todo esto al mundo del trabajo... pero siempre focalizando en "el algoritmo".

Pero la IA es mucho más que algoritmos: además de esta pata son necesarias al menos otras dos patas más para que un sistema de inteligencia artificial funcione: los datos que nutren a los algoritmos y la infraestructura necesaria para su funcionamiento.

Podemos entender un sistema de IA haciendo una analogía con un automóvil: los algoritmos son el motor del coche, pero los datos son el combustible y la infraestructura necesaria sería el chasis.

Por una parte, los algoritmos son desarrollados por personal de ingeniería desde las empresas tecnológicas y desde los centros de conocimiento como las universidades.

Por otra parte, los algoritmos son devoradores insaciables de datos, y el origen de estos datos de los que se alimentan los sistemas de IA, son por un lado datos públicos que pueden ser accesibles desde internet, pero también datos que podrían considerarse de carácter personal.

La tercera pata, las infraestructuras físicas para el funcionamiento de los sistemas (el chasis del coche) es la parte más terrenal de todas. Para poder fabricar semiconductores, microchips, ordenadores (y dicho sea de paso, maquinaria necesaria para la generación de energías verdes también) hacen falta recursos naturales, recursos minerales: las llamadas tierras raras.

Es importante señalar que estas nuevas tecnologías, focalizando en la IA, son tecnologías que muchas personas y gobiernos consideran tecnologías "dominadoras". Esto es así porque otorgan una capacidad de infiltración, de control y de inmediatez en la gestión que pueden llevar a unas naciones a estar por encima de otras: las que poseen el dominio de estas tecnologías sobre otras que no las igualan en nivel de desarrollo.

Esto nos lleva a comparar distintos modelos en el desarrollo, presente y futuro, de la IA. Podemos contrastar a China, Estados Unidos y Europa.

En cuanto al desarrollo de algoritmos, el conocimiento y la capacidad podría ser equiparable entre las tres regiones.

En cuanto a la gestión de los datos empezamos a encontrar diferencias bastante claras. El tipo de gobierno en China hace que el propio país controle de manera absoluta los datos tanto públicos como privados. Volviendo a la analogía automovilística, no le falta combustible a su coche.



Estados Unidos tiene el combustible de los datos públicos y también el de los privados por no ser extremadamente riguroso con el tratamiento de datos de carácter personal. Además cuenta con grandes empresas tecnológicas que a su vez controlan gran parte de las redes sociales que no dejan de ser fuentes de datos de carácter público y privado. Estados Unidos tiene también por tanto, gasolina de sobras.

Europa tiene legislación desarrollada para el tratamiento de datos personales. Además cuenta con la AI Act, una legislación específica para el desarrollo y uso de la IA (todavía no ha entrado en vigor y las grandes corporaciones tecnológicas están intentando retrasar ese momento). Consecuencia de ello es que Europa tiene pues, menos combustible para el coche.

Y llegamos a la piedra angular de todo esto, a las tierras raras. La distribución a nivel mundial de las reservas de tierras raras puede ayudarnos a entender lo que está ocurriendo a día de hoy en la geopolítica internacional. Al menos la mitad de las reservas de estos minerales se encuentran en China, Europa tiene unas reservas prácticamente nulas y Estados Unidos tiene muy pocas. A nivel ilustrativo decir existe la sospecha de que pueda haber grandes reservas en Ucrania y en el arco minero del Orinoco en Venezuela, además de en Canadá... y en Groenlandia.

Para terminar, un elemento a tener en cuenta son las grandes donaciones económicas que hicieron las grandes empresas tecnológicas estadounidenses a la campaña electoral de Donald Trump, empresas a estas alturas que están en el famoso ¿qué hay de lo mío?

Siendo este el panorama se hace imprescindible un posicionamiento europeo en defensa de Groenlandia como parte de Dinamarca. No solamente es una cuestión de estrategia militar y seguridad (pero si la OTAN ya está allí!), es una cuestión económica y de desarrollo tecnológico “dominante”.

Para terminar, podemos preguntarnos ¿queremos que el coche que vaya cada vez más y más rápido solamente? ¿o preferimos sacrificar algo de velocidad en aras de la seguridad, el confort o la menor contaminación?

El uso de la IA está teniendo y va a seguir teniendo influencia en los devenires laborales y sociales, pero no hay que perder de vista que el orden mundial puede tener una influencia mucho mayor.

Pablo Sánchez Villegas